JORNADA MULTICOLOR

Mayor Circulación Sudamericana

Sección Magazine de JORNADA MULTICOLOR para toda la República, con vasto y ameno material de lectura, notas de interés universal, páginas de alta valía literaria, especialmente seleccionadas para el público argentino

Sábado, 3 Oct. 1931



La Vida Ejemplar de Gandhi

HAY un luminoso pasaje de los escritos de Gandhi, en el que resume el principal fin objeto de la vida, en relación con la liberación del alma. Este pasaje está escrito inmediatamente después de haber pasado por el valle de la sombra de la muerte en 1924. Algunos de sus más íntimos amigos le han reprochado su inconsecuencia al someterse a una operación quirúrgica para curar la apendicitis, en vez de fiar la curación únicamente a la fuerza del espíritu sobre el cuerpo. Un viejo asceta amigo suyo le instó a que se retirara a la soledad de alguna caverna, a fin de que recuperara el ascendiente espiritual sobre el cuerpo. He ahí lo que él escribe en contestación al afectuoso requerimiento del piadoso amigo:

Soy Culpable

"Me reconozco culpable. Admito que estoy muy lejos de ser el hombre perfecto que desearía ser. No soy perfecto: soy no más un aspirante a la perfección. Conozco el camino, pero no basta con conocer para llegar al fin. Si hubiera alcanzado la perfección, si hubiera logrado un dominio absoluto de mis pasiones, incluso en pensamiento, en tal caso sería también físicamente perfecto. Debo confesar que necesito gastar un caudal enorme de energía mental en la adquisición del dominio sobre mis pensamientos. Si algún día llego a dominarlos ¡qué gran cantidad de energía tendré a mi servicio! Del mismo mo- do que mi enfermedad corporal era consecuencia de mis debilidades espirituales mentales, confieso también que mi aceptación de la operación quirúr-

(Continúa en la página 4)

¿PARA SER FELIZ NO HAY QUE INQUIETARSE?



El libro de Chasse tiene dibujos del gran Diego Rivera. En estas ilustraciones el famoso artista refleja fielmente un pasaje

En 1521 Hernán Cortés conquistó a Méjico y en 1931 Méjico ha conquistado al ciudadano y autor norteamericano Stuart Chase.

Chase fué a Méjico porque oyó decir que los indios de ese país carecían de la noción del tiempo y que, por consiguiente, ignoraban aquello de que el "time is money". También quería ver las pinturas murales de Diego Rivera, que le habían sido calurosamente elogiadas.

Un viaje de cinco meses bastó para que se convirtiese en un gran admirador de ese país. Acaba de dar a la publicidad su libro "Méjico", en el que no se limita a describir sus impresiones, sino que hace un paralelo entre el ideal de vida de los Estados Unidos y el ideal de vida de los indios mejicanos y opina que estos últimos son mucho más cuerdos que sus compatriotas.

Pero, como en todas partes, en Méjico hay cosas buenas y otras que no lo son. El propio autor, antes de entrar en materia, nos hace una clasificación y dice:

LO QUE LE GUSTA

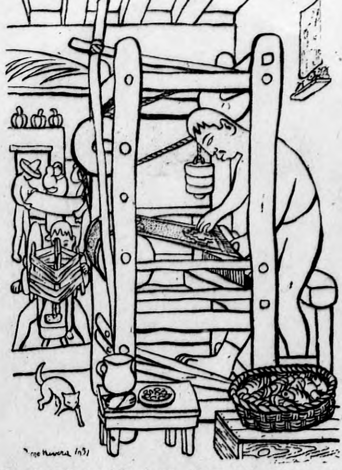
"Me gusta Méjico. Me gustan su aspecto pintoresco, su violencia, sus montañas abruptas, sus verdosos valles, su cielo púrpura y su sol abrasador. Me gustan sus monasterios desmoronados y sus catedrales, sus pequeñas plazas frescas, me gustan sus niños graves y tranquilos, sus asnos porfiados y pacientes, sus aldeas comprimidas, cada una de ellas con su torre de iglesia en ruinas.

"Me gustan sus mercados locales, sus objetos de laca, su alfarería y el sonido de sus campanas de bronce que llaman a fiesta. Me gustan la apariencia de los indios, su manera de andar, su cortés "Buenas tardes", cuando se cruzan con un caminante, su dignidad, su modestia y su desprecio hacia los relojes y, sobre todo, me gusta su magnífica inercia, contra la cual no han podido triunfar ni España, ni Europa, ni la civilización occidental".

"No me gustan tanto los mejicanos blancos, ni sus políticos, ni sus caudillos — especialmente los generales y sus queridas, — ni los bares, ni las corridas de toros. No me gustan todos los olores que hay en Méjico, ni las tormentas de polvo. Tampoco me gustan sus periódicos, sus carnicerías, sus mendigos, su sistema monetario, sus perros, sus fósforos ni su café.

SUS COMPARACIONES

"Sin embargo, todas estas cosas me molestan porque soy un viajero no aclimatado, pero desaparecen ante la grandeza y el misterio de su paisaje".



Un recio mejicano trabajando en los telares. La finura del arte de Diego Rivera obsérvase en toda su enorme e intensa belleza

La admiración de Stuart Chase hacia Méjico ha sido despertada principalmente, como lo confiesa, por la "magnífica" inercia de los indios. La actividad febril de sus compatriotas, los norteamericanos, no parece seducirle tanto, pues dice:

"En los pueblos norteamericanos rige el evangelio del trabajo y en los de los indios mejicanos el evangelio de la diversión y un día sobre tres, durante todo el año, los habitantes celebran una fiesta, de mayor o menor importancia.

"No obstante el trabajo abrumador desarrollado en los pueblos norteamericanos, una parte de sus habitantes están constantemente desocupados y llenos de temores y preocupaciones. Entre los indios se desconoce el problema de la desocupación y las únicas inquietudes que agitan a sus pueblos sobrevienen cuando ocurre un terremoto o cuando un Zapata cruza los montes perseguido de cerca por las fuerzas federales".

Sabe el autor que es imposible pedir a sus compatriotas que lleven una existencia similar a la de los indios, pero les aconseja que imiten algunos de los rasgos característicos de éstos, convencido de que con ello lograrán convertirse en seres más felices y más humanos.

Méjico debe impedir el incremento del turismo, porque, opina Chase, los turistas son una de las plagas más nocivas que puedan caer sobre un país pintoresco. Advierte a los mejicanos que esos viajeros curiosos llenarán el país con pedazos de diarios y restos de sus comidas improvisadas y que "envilecerán y destruirán las artes nativas y turbarán a los campesinos".



Otra interpretación de Diego Rivera: Méjico debe impedir el turismo yanqui que es una plaga nociva

Sin embargo, cuando las bañaderas repletas de pasajeros empiecen a circular regularmente por las calles de Cuernavaca, llevando en veloz carrera a todos los que pudieran pagarse un viaje de turismo a Méjico, se podrá culpar a Stuart Chase de ser uno de los promotores de ese tráfico, pues con su libro seguramente avivará, entre los norteamericanos, el deseo de conocer el país de los generales y de las revoluciones.

LA ENEMIGA

LA temperatura era sofocante. Leonidas Zorn abrió de par en par los amplios ventanales que daban al sur, y aspiró plenamente el aire nocturno.

—Esto es insoportable — murmuró. — Arrastró luego un sillón hasta la terraza, y después de quitarse la corbata y el cuello, permaneció largo tiempo sentado e inmóvil, la vista errando en los espacios estrellados.

Desde la terraza aquella, muy alta, se dominaba la ciudad constelado de luces, pero Leonidas Zorn no la miraba. Se estuvo un cuarto de hora con los ojos fijos en una estrella roja, tratando en vano de recordar su nombre. Luego, sin saber cómo, sus pensamientos volaron hacia el Partenón, y después de un rodeo se detuvieron en una partida de ajedrez jugada algunos días atrás.

Pasaba Zorn por una de esas horas falaces y extrañas en que la vida física está como embotada, y en cambio la cerebral se aguza con dolorosa intensidad. Sentíase excitado y nervioso, pero no quería estarlo. De vez en cuando respiraba muy hondo, como para recoger en sus anhelantes pulmones todo el aire de aquella noche sofocante.

—¡Qué calor! — repetía con desconsuelo. — ¡Qué calor...!

Y nada más. De pronto una mueca de amargura contrajo sus labios, y su entrecejo se frunció. Leonidas Zorn se había acordado de "La enemiga".

Este fantasma disipó sus otras ideas. Zorn rememoró por millonésima vez los menores incidentes de su ruptura con aquella mujer — la suya — ruptura motivada cinco años atrás por una historia absurda y triste. Aquella mujer se había vuelto a casar hacía dos años. ¿Cómo sería su marido?

—Hago mal en acordarme de estas cosas — se dijo Zorn. — Hoy no quiero pensar en nada, en nada. Hace demasiado calor.

Sus ojos oscuros, atormentados, volvieron a engancharse en la remota estrella roja.

Estrella Roja

—No es Aldebarán — opinó distraídamente. — Así, poco a poco, pasando con la imaginación de una cosa a otra, se fué quedando dormido. Y soñó.

Soñó que habían transcurrido millones de siglos en el mundo: que ya no habría atmósfera en la superficie del globo, y que los últimos hombres, para poder conservar la vida, se refugiaban muy adentro en la Tierra, en ciudades interminables y enrevesadas como laberintos, llenas de fábricas de aire. Soñó que el aire de su casa se acababa. La asfixia torturaba sus pulmones. Su mujer, a pocos pasos de él, lo miraba sonriendo.

—Por favor, ve a comprarme aire: diez centavos de aire; me ahogo; no puedo más...

Ella, siempre inmóvil lo miraba sin cambiar de expresión.

—Aire, aire... Me asfixio, me muero...

La "enemiga" seguía impertérrita, y Leonidas despertó sobresaltado.

Se encontró solo en la terraza suspendida sobre la ciudad, solo bajo la noche llena de estrellas. Se agitó con inquietud en el sillón, luchando siempre con su idea fija: la de que "no quería pensar en nada aquella noche". Pero a pesar de sí mismo sus recuerdos lo arrastraron. Se le ocurrió de pronto una cosa extraña. Por primera vez pensó que tal vez su mujer no tuviera toda la culpa... Pero no. No podía ser.

Volvió a luchar con sus pensamientos. Buscó maquinalmente en el cielo la estrella roja. — Es Aldebarán — susurró. — Aldebarán... Aldebarán...

Repetía ese nombre con cierta angustia, como si le encontrara remotas afinidades con su antiguo dolor recientemente renovado, como si fuera el nombre de su mujer. La imagen de la "enemiga" brilló con más intensidad que nunca.

—Aldebarán...

La vió primero niña, vestida de blanco, jugando en un jardín. Sus deditos débiles intentaban en vano levantar un pesado juguete del suelo. Leonidas, cinco años mayor, la miraba sin ayudarla. — "Goista" — le dijo ella.

Zorn, molesto, intentó apartar de la imaginación la infantil escena.

El Recuerdo

La vió de nuevo, casi adolescente, volviendo del colegio y charlando con animación. Sus mejillas estaban rojas por el frío, y sus ojos brillan dulcemente. Recordó aquella grave enfermedad que casi le costó la vida. La vió mujer y enamorada, la vió en sus brazos, pálida, mirándolo con amor infinito. Y después la ruptura definitiva, el orgullo diabólico, el amor confundido con el odio...

—Leonidas volvió a agitarse con angustia.

—Me voy a volver loco — dijo, — pasándose la mano por la frente; y se quedó de nuevo inmóvil. En ese momento el reloj de la iglesia dió las diez.

Es menester recordar bien este detalle. El reloj dió las diez, y aquí empieza lo extraordinario. Leonidas estaba despierto — así por lo menos lo creía él — cuando sintió de pronto la impresión de que alguien, a su izquierda, lo contemplaba fijamente. Se volvió con brusquedad. Era la "enemiga".



Zorn no se movió. Como en las pesadillas sentía en su cuerpo pesadez de plomo

Zorn no se movió. Como en las pesadillas, sentía en su cuerpo una pesadez de plomo. Se asombró de no haber oído pasos, la miró y al principio la desconoció. Estaba mucho más pálida y delgada que antes, y tenía los cabellos un poco en desorden. Estaba de pie junto a la baranda de la terraza. No llevaba sombrero. En un momento que la luna se asomó, Leonidas vió los ojos de la mujer brillantes de lágrimas.

—Has venido — dijo como a pesar suyo. Hablaba en voz muy baja, como si intuyera que no debía hablar de otro modo. — Te atreviste a volver...

Dijo ésto, y se arrepintió inmediatamente. — Supe que te casaste — añadió.

Ella seguía callada. Parecía vacilar. De pronto se decidió y habló en voz muy baja, aunque con vehemencia.

—Vengo a que me perdones. Yo te he perdonado ya.

Se levantó una pausa larga, erizada de recuerdos, que Leonidas interrumpió con una carcajada comprimida, silenciosa.

—Perdonarme... ¡Qué me has perdonado! Tiene gracia.

Ella Suspiró

Se calló ante la actitud misteriosa de la visitante. Ella, siempre inmóvil, lo miraba como si lo divisara desde alguna lejanía y apenas pudiera verlo.

—¡Cómo has cambiado...! — murmuró Leonidas.

Ella, súbitamente inquieta, suspiró. —No tengo tiempo que perder — dijo. — Si no me perdonas no te olvidarás nunca de esta noche.

—Estás enigmática.

—El reloj de aquella iglesia ha dado las diez. Yo no podré quedarme aquí más de dos o tres minutos.

La voz de la "enemiga" temblaba. Sus ojos seguían preñados de lágrimas, y su enflaquecido rostro palidecía por momentos.

—¡Qué tontería!... — dijo Leonidas. — Vaya una ocurrencia infantil.

Dijo estas palabras y pensaba decir otras. Miraba a la mujer con curiosidad malévola y gozaba torturándola. Había sufrido demasiado por ella. Gozaba retardando el momento del perdón.

La mujer pálida se retorció con desesperación las manos.

—Adios — dijo. — Y se fué silenciosamente, mientras él seguía sus movimientos con inquieta atención. Vió como entre sueños que ella entraba en la estancia más próxima, y dejó oir el rumor de sus pasos.

—Se ha detenido — pensó.

Se levantó con ímpetu, como arrancándose a una pesadilla, y entró en la habitación contigua. Estaba completamente vacía. Sus cabellos se erizaron. Cerró los ojos un instante. Al abrirlos vió un pájaro negro inmóvil en el respaldo de una silla cercana. El pájaro fué acercándosele lentamente. Su expresión se parecía algo, no podía decirse precisamente en qué, a la expresión de la "enemiga". El ave nocturna se aproximó a Leonidas hasta tocarle casi el rostro con las alas viscosas, y en el tiempo de un relámpago, desapareció. Fué como si se hubiese incrustado en Leonidas mismo.

—"Remordimiento" — murmuró vagamente Leonidas, asombrado de haber dicho esa palabra.

Bañado en sudor frío, encendió luz. Dudó mucho antes de llamar por teléfono a la casa de la "enemiga". Al fin se decidió.

—Perdóname... — repetía a media voz mientras llamaba.

Le contestó una voz extraña. "Ella" había muerto a las diez menos diez.

Susana Calandrelli

* * * * * * * * * * * *

UN YANQUI EN LA PATAGONIA

Robert y Katharine Barrett, que realizaron hace poco un viaje por las regiones del sur de Chile y la Argentina, encontraron en la zona patagónica a un ciudadano norteamericano que habitó esa región durante treinta años sin regresar a su país natal. Las narraciones de ese criollo-yanki han servido de base a los jóvenes Barrett para editar un libro titulado "Un Yanki en Patagonia".

Edward Chase, que es el nombre del protagonista, se embarcó en 1897 en Boston como carpintero a bordo de un buque que debía explorar las zonas balleneras del sur y diez meses después, debido a un naufragio, tocaba tierra argentina cerca del estuario del río Santa Cruz en Patagonia.

Chase empezó por trabajar en su oficio en la ciudad de Santa Cruz que califica de "aldea de adobes semihundida en una llanura pedregosa limitada por laderas estériles y un mar de color amarillo sucio".

Después se internó en el territorio trabajando por cuenta de un danés, cuya estancia estaba a tres días de la costa. Allí todo fué novedad para él: sólo se comía carne de corderos recién faenados y como bebida debía contentarse con el mate, que, según confiesa, no supo apreciar en los primeros tiempos.

Recuerda las costumbres de los indios y lo que más parece haberle sorprendido es el hecho de que en todas las chozas sólo hubiese una olla que servía para los más diversos menesteres. En esos artefactos domésticos no sólo se cocinaban los guisos de la familia sinó que servían para preparar los remedios a base de yerbas medicinales y el jefe de la familia la utilizaba para remojar su barba cuando deseaba afeitarse.

¡CAZABA PUMAS!

Asegura Chase que abandonó después su pasivo oficio para convertirse en un cazador de pumas. Por cada piel de león americano se le pagaba diez pesos y además tuvo ocasión de probar la carne de esos animales prefiriéndola a la de ciertos corderos de edad.

Dice haber encontrado también en la región fronteriza con Chile muchos huemules y que eran tan mansos que podía caminar entre ellos sin que se espantaran. Asegura que en cierta ocasión, con el fin de proveerse de carne mató un huemul y que los compañeros de éste, mientras le sacaba el cuero, se acercaron con la esperanza de participar en el festín.

Los Barrett, ávidos de obtener material para su libro, han reproducido al pie de la letra los relatos de Edward Chase. Es de esperar que los lectores norteamericanos sabrán reducir a sus debidas proporciones ciertos episodios en los cuales la imaginación del protagonista parece haberse extralimitado.

Gaucho patagónico visto por un dibujante estadounidense

POIRET COMPRA UNA ESCLAVA

Siempre se ha dicho que "las mujeres son esclavas de la moda", entonces puede parecernos bastante lógico que una mujer sea esclava del creador de la moda. Tal es Fathma-ben-Mohamed-ben-Ahmed y su amo es el célebre y bien conocido modisto francés Paul Poiret.

M. Poiret vió a Fathma en su reciente visita a Marruecos y, según lo expresa, fué impresionado por la gran belleza de esta joven africana, que se adornaba de preciosos brazaletes de oro ennegrecido, y que le sugirió la idea de hacer de ella una modelo interesantísima para sus creaciones de estilo exótico. Entre el personal que trabaja para Poiret y que se empeña tener listos los salones de las exposiciones de cada temporada. Fathma no forma parte, pues es propiedad particular del genial modisto.

Fathma no fué adquirida, como puede suponerse, en un mercado de esclavos. Poiret la obtuvo de la madre mediante una transacción, en la que hizo más fuerza un regalo "efectivo" que con toda tacto y habilidad hiciera Poiret a la madre de Fahtma. Pero aún hubo algo más. Entre los árabes es despreciada toda muchacha que se marcha con un europeo, o sea un "roumi", como ellos llaman a todos los blancos. Poiret se vió entonces obligado a obrar en el mayor secreto para sacar a Fathma de su tierra y trasladarla a Europa.

Antes de dejar Marruecos con su hermosa esclava, Poiret reunió para ella un riquísimo guardarropa compuesto por más de 50 trajes típicos, de colores abigarrados. Llevóse numerosos baules llenos de objetos de la industria árabe, que los vendedores de su establecimiento de modas venderán y pondrán en boga entre la clientela europea y americana que visita asiduamente su casa de París.

"La complexión y formas hermosas de Fathma — dice Poiret — y su rara y original belleza árabe pura, harán lo que ningún maniquí podría hacer".

El hombre que adquirió la esclava árabe y llevóla a París

Los diarios franceses han dedicado innumerables columnas a este asunto, y un diario conservador ha reprochado la conducta de Poiret, a tal punto que el célebre modisto se ha visto obligado a explicar el por qué de su adquisición y la forma en que la hizo.

Fathma ha tenido días de constantes sorpresas desde el momento en que con su amo llegó a España y prosiguió el camino a Francia. París, la luminosa ciudad le hizo tal impresión, que por muchos días se creyó en medio de un sueño. Para ella, esta ciudad era algo fantástico, tan irreal, que le parecía imposible poder encontrarse en ella y en la que quizás vivirá muchos años.

Pocos días después que esta belleza árabe llegara a París, sufrió un ataque de apendicitis. Fué llevada a un hospital, y célebres cirujanos la operaron con éxito completo.

Poiret, en tanto, parecía sumamente incomodado con la enfermedad de su sierva.

—¿Cuál sería mi situación decía — si ella se hubiera muerto?


RESFRIOS
BRONQUITIS
CATARROS
TOS CONVULSA
TENGA SU NIÑO SANO Y CONTENTO
NOS SALVÓ DE TOS CONVULSA
NOSOTROS NO TOSEMOS NUNCA!
JARABE NEGRI
SUPRIMA RADICALMENTE LA TOS EN SUS NIÑOS
Más de 30 Años de Exito en la Aplicación Contra la Tos Convulsa
TOMEN JARABE NEGRI Y DEJARÁN DE TOSER!
SCIROPPO NEGRI
MARCA DI FABBRICA
CONTRO LA
TOSSE ASININA

La Vida Ejemplar De Gandhi

(Viene de la pagina 1)

gica fué una debilidad adicional a mi espíritu. Si yo no hubiera tenido en mí la menor dosis de egoísmo, me habría resignado a lo inevitable. Pero deseaba continuar viviendo dentro de mi cuerpo actual. El completo desprendimiento no se adquiere en un día. Es preciso llegar a él por medio de la constante creación. Mi gratitud es mayor que la que un día expresé públicamente al coronel Maddock y personal, por todas las amabilidades que tuvieron conmigo.

pendía de un hilo, habiéndose salvado tan solo gracias a la habilidad del coronel Maddock. Mahadev Desai ha pintado fielmente este cuadro.

GANDHI ENFERMO

"Dios, en su infinita misericordia — escribe Mahadev — nos ha conservado a nuestro Bapu (1). Aquellos días vivirán eternamente en nuestra memoria. La India había tenido la suerte de ver antes a su ídolo amado en el trabajo, de verle moldear los héroes de lo que no era sino pura arcilla. Mas le faltaba aún ver cómo su evangelio continuaba desde su lecho de enfermo convirtiéndose en actos ante sus ojos. Eso es lo que ha hecho durante la última quincena. Reina en el

que está todavía bajo custodia. El amor no deja lugar para otro sentimiento.

"Pero, ¿por qué? Porque incluso las personas que han recibido el encargo de vigilarle como a prisionero le tratan con tanto cariño como las demás. El coronel Murraym, superintendente de Yerravda, vino el otro día a ver a Bapu.

—"¿Cree usted, señor Gandhi, que le tengo olvidado? No; — dijo; — mas temía estorbarle. Después de los días que no lo he visto, me congratulo de encontrarlo mucho mejor. El coronel me aseguraba también que está usted mejorado. Sus amigos se acuerdan constantemente de usted. El señor Gani, especialmente, me rogó le dijera que continúa levantándose a las cuatro para rezar. Todos

Después de mis conversaciones con los médicos, puedo asegurar que no hay causas para temer por su vida, aun cuando la convalecencia será muy larga.

TORRENTES DE AMOR

"¿Necesitaré decir algo de los torrentes de amor que han orientado su curso a Poona de todas las partes de la India? Devadas, que tiene permiso de los médicos para estar al lado de su padre todo el día, tiene que consagrar todo el tiempo a las numerosas cartas y a los telegramas que llegan a todas horas preguntando por la salud de Bapu. Pero el afecto del pueblo no se circunscribe solamente a estas manifestaciones. Un día los residentes del lejano Tanjore escribieron para decir que celebraban sus devociones en un templo particular para impetrar a Dios la salud de Mahatmaji. Los hindúes de Shiyali, Tirupur y

no es nada! Yo tengo ochenta y dos. Dios quiera que se ponga pronto bien.

"Un día se detuvo y preguntó:

"—¿Puedo hacer algo por usted, señor Gandhi?

"Ruegue usted por mí — repuso Bapu.

"—Eso es indudable, pero dígame si además puedo hacer algo por usted; le suplico confíe en mí como en su hermano.

"A esto Bapu respondió con una sonrisa:

"NO SOY UN PROFETA"

"En cuanto al punto central de la carta de mi amigo, en la que me compara con los grandes profetas de la humanidad, su equivocación estriba en el concepto equivocado que le merece la labor de los profetas, y en una falsa comparación entre ellos y yo. No me considero digno de ser equiparado a un profeta. No soy más que un simple enamorado de la verdad, impaciente por "realizarme", por lograr la liberación espiritual posible en esta existencia terrena. El servicio patriótico a que me he consagrado no es sino una de las pruebas a que me someto para libertar mi alma de la esclavitud de la carne. Desde este punto de vista, mi servicio puede considerarse como un acto eminentemente egoísta. El reino perecedero de la tierra no me interesa. Lucho por la liberación espiritual del reino de los cielos. Para alcanzar este fin no necesito meterme en una caverna. Yo mismo la llevo dentro de mí si quisiera meterme en ella. Un hombre metido en una caverna puede construir castillos en el aire, mientras que un palaciego, como Janaka, que era rey y "rishi" al mismo tiempo, no puede construir ningún castillo. El habitante de la caverna que vaga por el mundo en las alas del pensamiento no tiene paz. Un rey Janaka, aunque viva en medio de la mayor pompa y fausto, puede alcanzar la paz por encima de toda comprensión. Para mí, el camino de la salvación está en el incesante luchar en el servicio de mi patria y de la humanidad. Quiero identificarme con todos los seres vivos. En el lenguaje de Gita, quiero vivir en paz con amigos y enemigos. Aunque un musulmán, o un cristiano, o un hindú, pueda despreciarme y odiarme, quiero servirle y amarle lo mismo que amaría y serviría a mi esposa o hijo, aunque ellos me odiasen. Así mi patriotismo es para mí una jornada del viaje al reino de la paz y libertad eternas. De ahí que para mí no pueda haber política independiente de la religión. La religión, para mí, está por encima de todo. La política sin religión es como un garlito, porque mata el alma".

Tal es, con sus propias palabras, el fin que Mahatma Gandhi se propone en la labor que se ha impuesto con una sinceridad y una humanidad que le han ganado todos los corazones.

Haremos conocer a los lectores la hermosa descripción del hospital Poona, con sus enfermeras y doctores; y con sus visitas, en los días en que la vida de Mahatma Gandhi

hospital, desde que Bapu entró en él, una atmósfera de amor cuyos efectos empiezan a sentirse en cuanto se acerca uno al cuarto que posee hoy día la luz que rebasa los límites del tiempo y del espacio.

"He tenido la fortuna de estar con Bapu diez días, aunque no he tenido la suerte de poderle servir. Este privilegio está enteramente monopolizado por las enfermeras del hospital. Una de ellas es una inglesa de mucha experiencia. El no puede dejar de sonreir cuando ella se le acerca. Un día se pone a hablar de sus perritos y logra que Bapu inicie una conversación sobre las diferentes variedades de perros y su utilidad. Otro día habla de la experiencia que ha podido adquirir en los hospitales ingleses y africanos, explicando a Bapu cómo ha puesto en práctica durante toda su vida la lección que los médicos le enseñaron de no buscar nunca la popularidad. Otro día decora el cuarto con las más hermosas flores que ha podido encontrar y ruega a Bapu que admire su obra. Habla otra enfermera, mucho más joven, pero igualmente aficionada a Bapu, que aseguraba tendría a Gandhi como su primer enfermo particular una vez hubiese terminado su aprendizaje en los hospitales.

"La tarea de la enfermera no siempre es un placer; mucha veces es un deber penoso — acostumbraba a decir, — pero ha sido para mí un puro gozo el haber cuidado al señor Gandhi. Cuando el médico me dice que no escribía antes con la misma minuciosidad todos los datos referentes a un enfermo, le contestó que nunca había cuidado otro como éste.

"Otro día me dijo:

—"Mis amigas se burlan porque me tomo tanto interés por el señor Gandhi; mas yo les contesto que ellas harían lo mismo si tuvieran la suerte de servir a un hombre como él".

"No menos franco y desembozado es el amor que le tiene el médico. Ha recibido este doctor cartas y telegramas en gran número para felicitarle su modo de atender a Mahatmaji. Lleno de rubor me preguntaba:

—"¿Cómo voy a contestar tanta misiva? ¿Tendré que valerme de la prensa?

EL PRISIONERO

"No sé si ninguna de las personas que estaban atendiendo a Bapu tenían conciencia exacta de estar sirviendo a un prisionero del Estado. Porque la verdad es

le echan a usted de menos.

—"Gracias, coronel Murray — contestó Bapu; — le aseguro que nada me agradará tanto como volver a estar bajo sus cuidados en Yerravda.

"Imposible hubiera sido decir si el superintendente de una cárcel estaba hablando con uno de sus prisioneros o si dos amigos afectuosos estaban en conversación. No era necesaria mucha imaginación para estar viendo la atmósfera de amor creada por Bapu en la cárcel de Yerravda.

"Pero he de hablar de la salud de Bapu. Está enflaquecido, pero está mejor de lo que hubiéramos podido imaginar. Su peso, que en la cárcel era de cincuenta kilos, en los momentos en que se encontraba mejor, no pasará ahora de unos cuarenta a cuarenta y un kilos, aun cuando es difícil ser exacto, puesto que todavía está en cama y no hay modo de pesarlo. No hay duda, sin embargo, que se encuentra mejor cada día. Se ha colocado una cadena encima de la cabecera de su cama, a fin de que él pueda agarrarse a ella para ayudarse a sentarse en la cama.

—"Esto es para que yo haga gimnasia — le dijo a un amigo el otro día.

"Las manos le tiemblan todavía, pero no tanto como antes. Toma la mitad de alimentos que acostumbraba a tomar, componiéndose de unas libras de leche, un par de naranjas y algunas uvas. Duerme descansadamente muchas más horas seguidas de las que consiguió dormir nunca en estos últimos años. Porque aun los días que pasó en la cárcel eran para él de fatigas y trabajos, sin tranquilidad ni descanso.

Dindigul rivalizaban en su amor por Bapu con sus hermanos mulsumanes de Nagore, quienes enviaron alimentos especiales que habían sido bendecidos para Mahatmaji. Una hermana parsi escribe ofreciendo su sangre si los cirujanos creen necesaria la transfusión de sangre en las venas de Mahatmaji. Una señora inglesa escribe instrucciones detalladas acerca de la alimentación que conviene a Bapu. La señora Gokhale, de Bombay, escribe diciendo que hilará un par de horas más todos los días, ahora que Mahatmaji no puede hilar.

"Uno de los más asiduos visitantes del hospital es un inglés, viejo militar, que se ha impuesto la obligación de visitar a Bapu, hasta cuya habitación llega sin que nadie le impida el paso, con un ramo de flores cada dos días, en obsequio de Mahatmaji. Ansiosamente se acerca a Bapu, le da la mano, le entrega las flores, le dice unas cuantas palabras de cariño y admiración, e inmediatamente vuelve a marcharse.

—"Es una felicidad — exclama.— Veo que está usted mejor que ayer. Es indudable que se repondrá usted pronto. ¿Cuántos años tiene? Cincuenta y cinco. ¡Oh, eso

"Créame que tengo entre mis amigos a muchos ingleses a quienes considero más que hermanos.

"El inglés se apartó conmovido, asegurándonos que rezaba tres veces al día pidiendo a Dios que Gandhi pudiera llegar a la edad que él tenía, añadiendo que son muchos los ingleses que hacen lo mismo, y no pocos oficiales los que se interesan por su salud.

"Faltaría algo a este cuadro, si no dijese unas palabras acerca de las grandes personalidades que fluyen de todas partes de Poona para ver a Mahatmaji. Hasta ahora no se habían decidido a visitarle, por temor a molestarle. Un hombre como Jayakar dice:

NO DEBIA HABLAR

"—Entraré a verle, pero no me acercaré por temor a fatigarle con mis palabras en su actual estado de debilidad.

"Y Pandit Jawharal manifiesta a Devadas que visitará a Bapu el último de todos. El hermano mayor, Shaukat Alí, se empeña amorosamente en que Mahatmaji no le hable, a fin de que no se fatigue. Pandit Motilal Nehru no sabe marcharse sin despedirse de él una segunda vez, y se detiene unos minutos a ciencia y conciencia de perder el tren. Lajpat Rai llega, impaciente por tener unas palabras con él, pero permanece aparte, casi a pesar de sí mismo, a fin de evitar la conversación. Le vuelve a visitar antes de abandonar Poona. Algo hay en él que pugna por hallar expresión. Es seguro que las lágrimas no derramadas le oprimen y ahogan. Pero, no pudiendo contenerse más, rompe el llanto. Bapu, con su inimitable sonrisa, dice:

"—Lalaji, esta broma es demasiado fuerte para mi estómago; me reiría si la herida y los puntos de sutura me lo permitieran.

"Lalaji, que se hubiera marchado con el corazón oprimido, se marcha con la pena mucho más aliviada, porque, según manifiesta, se va convencido de que Dios, nos ha concedido a todos el beneficio de conservarnos la vida de lo que tanto amamos".

CULTURA DE GANDHI

Un escritor y periodista fué recibido por Mahatma Gandhi en su vieja residencia de Ahmedabad. Reproducimos lo más interesante que en esa ocasión el gran caudillo le dijo al repórter. Es maravillosa la descripción que hace Gandhi de cómo nació en su cerebro la idea de liberar a su patria del dominio inglés. Ella tuvo su primer latido en la propia Inglaterra, cuando el mayor conductor de hombres que ha conocido la humanidad en todos sus tiempos se educaba en Oxford.

Dejemos paso a la descripción del periodista norteamericano:

VISITA A GANDHI

"Ahmedabad, 3 de marzo de 1931.

"No quería abandonar la India sin haber visto al más célebre hindú viviente, y fuí, hace dos días, al Satyagraha-Ashram, domicilio de Gandhi.

"El Mahatma me ha recibido en una estancia casi desnuda, en donde él, sentado en el suelo, se hallaba meditando junto a un argadillo inmóvil. Me ha parecido más feo y más descarnado de lo que aparece en las fotografías.

—"Vd. quiere saber — me ha dicho entre otras cosas— por qué deseamos expulsar a los ingleses de la India. La razón es muy sencilla: son los mismos ingleses que han hecho nacer en mí esta idea castizamente europea. Mi pensamiento se formó durante mi larga estancia en Londres. Me di cuenta de que ningún pueblo europeo soportaría el ser administrado y mandado por hombres de otro pueblo. Entre los ingleses, sobre todo, este sentido de la dignidad y de la autonomía nacional está desarrolladísimo. No quiero ingleses en mi casa, precisamente porque me parezco demasiado a los ingleses. Los antiguos hindúes se preocupaban muy poco de las cuestiones de la tierra y mucho menos de la política. Sumergidos en la contemplación del "Atman", del "Brahman", del Absoluto, deseaban solamente fundirse en el Alma única del universo. Para ellos la vida ordinaria, exterior, era un tejido de ilusiones y lo importante era libertarse de ella, lo más pronto posible, primeramente con el éxtasis y luego con la muerte. La cultura inglesa, de sentido occidental — importada por efecto de la conquista — ha cambiado nuestro concepto de la vida. Digo nuestro para decir el de los intelectuales, pues la masa ha permanecido durante siglos refractaria al mensaje europeo de la libertad política. El primero en sentirse impregnado de las ideas occidentales he sido yo, y me he convertido en el guía de los hindúes precisamente porque soy el menos hindú de todos mis hermanos.

BRAVO 1931

·ILUSTRO BRAVO·

(1) Nombre cariñoso que significa padre y que en el Ashram acostumbraban a dar a Mahatma Gandhi.

Las Cabriolas de los Grandes Maestros de Orquesta

En los Ensayos no Imitan a los Monos, pero Cuando Tienen Espectadores de Calidad en los Grandes Espectáculos Líricos se Convierten en los Tiranos de los Buenos Músicos que Están Bajo sus Ordenes



Leopoldo Stokowski ran director, también ran contorsionista, por M. Covarrubias



Ilustran AVTORI, COVARRUBIAS y NERMAN

Mengelberg, el famoso director de la Concertgebouw Orchestra de Amsterdam, con su enorme y notable melena, que llama la atención cuando hace las innumerables contorsiones



Sir Henry Wood, el espectacular director inglés, según una caricatura de Avtori, el genial dibujante italiano

RICHARD STRAUSS, el gran compositor austríaco y también famoso director de uesta hace algún tiempo hi- na declaración que causó ación en los círculos mun- es de la música superior. el gran maestro vienés las cabriolas realizadas r sus colegas al dirigir los njuntos musicales consti- n únicamente un alarde cesario de exhibicionismo, smo tiempo que un in- hacia integrantes de la questa.

Una manifestación tal ha evelado al público algo que ıbían los oyentes desde mu- hos años atrás de todos los irectores de orquestas com- etentes, o sea que las artitu- es acrobáticas de ciertos aestros tienen efecto en uanto al resultado musical omo las melenas que suelen dornar sus cabezas.

El revuelo causado por las firmaciones de Strauss cayó omo una bomba en medio de s grandes maestros que ac- ían ante el público norte- mericano, como ser: Stokowski, Mengelberg, Sir Henry Wood y Arturo Toscanini, especialmente este último, que en una oportunidad se balanzó y castigó a un vio- sta por una nota falsa.

l gran Toscanini, cuya vi- a Buenos Aires no es im- bable, ya que se le han o proposiciones para ac- en el Colón, como direc- general, es el que ha re- do más ofendido con las bras del colega. Un co- o crítico musical norte- cano hizo el siguiente tario sobre el asunto:

sta ahora el público igno- ese secreto y el direc- estacándose en su alto si- le los demás músicos atraía ención de los espectadores lo contemplaban con la bo- bierta y atónitos. Nadie ba de la importancia de ese naje ni de la influencia que ntásticas cabriolas ejercían la orquesta. Era intere- contemplarlo trazando fi- ilas en el aire con su batu- inclinando su cuerpo hacia ersas direcciones para er- rlo luego con el objeto de ner los sonidos de los con- ios o el redoblar del tam- uién no se sentía emo- viéndole semidesvane- iendo tal vez única- unta de los dedos pa- en forma gradual el o hasta provocar un torrente de sonidos? aba que cada una de les y de sus gestos ales y que sin ese su- quién sabe qué bo- discordante hubiesen producido los treinta, cincuenta o cien músicos.

LOS ACROBATAS

Los elementos de la orquesta nos parecían bolcheviques musicales que eran contenidos únicamente gracias a ese director, quien luchaba denodadamente para mantener el orden y que, victorioso, terminaba su tarea transpirando y completamente agotado

Lo curioso es que esos mismos hombres cuando ensayan en privado, no malgastan su tiempo en ejercicios gimnásticos. Unicamente cuando la obra está definitivamente preparada y que saben que sus cabriolas no echarán a perder la ejecución musical, sólo entonces se permiten esas extravagancias.

Hay que saber esto. De otro modo se cree que si ese genio, que es el director de orquesta, no amenaza con la batuta y con la mirada, la batería se retrasará, y se considera imprescindible un sacudimiento leonino de su melena dictatorial y un gesto imperativo, como el de un agente que detiene a un camión que está a punto de arrollar a un niño, para que la partitura no sea arruinada.

En un reciente editorial en que se comentaba la declaración de Strauss se hacía la pregunta: "Acaso no saben los músicos ¿cuándo deben tocar y en qué forma deben hacerlo?".

No hay duda que lo saben perfectamente y además lo tienen indicado en la partitura que tienen frente a ellos. Cualquiera que no supiese leer esas hojas, difícilmente podría pertenecer a una orquesta de primera clase. Esos directores acrobáticos tal vez podrían tener alguna utilidad siempre que se limitasen a dirigir conjuntos de aficionados.

Entonces, ¿por qué tales ímpetus furiosos?

PARA EL OYENTE

Están dedicados a los espectadores y seguramente no se les hace ningún elogio con ello. Aparentemente en la actualidad un concierto necesita cierto aspecto circense. No basta que los músicos toquen sus partes y que la ejecución sea perfecta: es preciso que el público crea que existe una tremenda dificultad y que el director imite al trapecista o al hombre de fuerza.

Si fuese posible mostrar a todos los músicos luchando con sus instrumentos para caer desmayados al final, el espectáculo sería espléndido.

Esto es, sin embargo, mucho pedir. Los músicos no son actores y aunque lo fuesen, necesitan quedarse quietos en sus asientos para poner toda su atención en lo que tocan. La mímica debe hacerla, por consiguiente, algún individuo que no sea esencial en el conjunto y ese es el origen del moderno director de orquesta. Como se supone que los músicos son de un temperamento nervioso, cabe preguntarse cómo pueden ejecutar su trabajo molestados por ese señor.

Ha quedado probado que el director de orquesta no es esencial en vista del éxito obtenido por los conjuntos que lo han suprimido, pero también se ha demostrado que un director es útil en las grandes orquestas, aunque no por sus gesticulaciones. En un pequeño conjunto cada músico oye a los demás y puede seguir el desarrollo de la ejecución, pero en los grandes, a veces no puede, de modo que difícilmente se obtiene el ritmo adecuado sin un jefe.

Se comprende que un trompeta que está sentado en la extremidad de la derecha junto a tres trombones y delante de una serie de tambores y timbales difícilmente podrá escuchar a los primeros violines que se encuentran a diez metros de distancia. De vez en cuando precisará un guía que se halle en el centro, pero la indicación hecha con un dedo será suficiente. No será menester que el director le extraiga por fuerza la música de adentro ni tampoco exigirá la violencia de un gesto autoritario para detenerse a tiempo. Un ligero ademán es todo lo que se necesita.

En los ensayos también el director cumple una misión de utilidad, pues un solo cerebro y un solo oído deben coordinar a todos los músicos. Se cuentan historias de maestros dinámicos que se hicieron cargo de una orquesta y que, sin ensayo previo, gracias al genio que poseían, ejecutaron obras como si estuviesen tocando las notas de un órgano, obteniendo maravillosos resultados debido a su poder hipnótico sobre los músicos. Cualquier músico de orquesta sabe que esas afirmaciones no pasan de ser cuentos ingenuos. Lo más que han podido hacer esos directores ha sido hipnotizar a la audiencia y molestar a los músicos lo menos posible.

Los grandes maestros del pasado, que siempre trataron de moderarse dando la impresión de que la música brotaba sin esfuerzo de la masa orquestal, nos convencen de que siguen una mala pendiente aquellos que quieren acaparar el interés de los espectadores por medio de sus contorsiones y sin preocuparse de lo que hacen los ejecutantes.

LOS SOLISTAS

Hasta fines del año pasado los directores generalmente se limitaban a marcar el tiempo, y la profesión no era muy remunerada. Tenían también pocas pretensiones respecto a la influencia que ejercían sobre el conjunto. En aquellos tiempos el personaje importante de una orquesta era algún solista, el cual se encargaba de contestar a las entrevistas, de dar reputación al grupo y de atraer a la muchedumbre. La insignificancia de los directores en ese tiempo y el asombro que debieron experimentar los músicos cuando el público empezó a mimar a esos marcadores de tiempo pueden leerse en las observaciones que hizo, hace alrededor de treinta años, Pablo Sarasate. Este célebre violinista en cierta ocasión dijo:

UNA TORCEDURA

"¿Qué es lo que les parece? No tocan, y por imprimirle movimientos a una varita sobre la orquesta, se les paga. El público parece que va dejándose impresionar por la idea de que esos individuos son los que hacen tocar a los músicos".

Se revela que un director puede hacer las cosas más estupendas e inesperadas sin que la ejecución se perjudique, en el curioso episodio de que fué protagonista el celebrado director inglés sir Thomas Beecham.

Aún hoy las orquestas suelen demostrarle a los directores el poco valor que tienen sus esfuerzos. Erich Kleiber, de la Berlin Staats Opera, dice que en cierta ocasión debía dirigir un ensayo de una orquesta desconocida. Uno de los músicos, sin embargo, se puso de pie y habló como portavoz de sus compañeros, diciéndole que la orquesta sabía lo que le correspondía hacer y que, por lo tanto, el director no precisaba molestarse ensayando. En otras palabras era una intimación de que estaban tan bien preparados que, hiciese lo que hiciese Kleiber durante la ejecución, ellos no se sentirían molestados. Kleiber sin embargo insistió

Mientras dirigía en Filadelfia hizo tales cabriolas, que se torció un tobillo, lo que le impidió seguir con sus acrobacias, pues se vió obligado a quedarse tranquilo apoyándose en un solo pie. En los demás conciertos tuvo que apoyar la pierna lesionada en una almohada, lo que no fué motivo para que todas las ejecuciones tuviesen un gran éxito. En Nueva York, a la cabeza de la Filarmónica, sufrió otro accidente: sus gesticulaciones para arrancar los sonidos de los instrumentos eran tan furiosas, que debido al esfuerzo se le rompieron los tiradores y casi pierde los pantalones.

Este contratiempo era aún peor que la torcedura de un tobillo, pues estaba obligado a mantener juntas ambas piernas y la mayor parte del tiempo una mano en el bolsillo del pantalón. Cuando tenía que agitar ambas manos, ese movimiento era seguido inmediatamente por otro a la cintura con el objeto de levantar la prenda que se le escapaba.

EL GRAN TOSCANINI

A pesar de esas crueles dificultades el auditorio lo ovacionó.

Sir Henry Wood es otro director británico que causa sensación con sus acrobacias, pero usa tiradores más firmes.

El maestro Toscanini deja caer su batuta sobre la cabeza de uno de sus músicos, quien, según creyó, cometió algún error, decidiendo los tribunales italiar [illegible] éstas actitudes no estaban permitidas dentro de sus libertades artísticas

El maestro Toscanini, director de la Philarmonic Symphony Orchestra de Nueva York, visto por el dibujante Avtori

Cuando un director de mal genio dirige su puño cerrado contra los músicos, puede ocurrir que ese gesto no constituya sólo una amenaza inofensiva. Si algún ejecutante se empecina en un error es posible que el maestro baje de su estrado y le aplique una bofetada. Son cosas que han sucedido. El gran Toscanini le asestó un golpe de batuta en la cabeza a un violinista cuya desafinación lo ofendía. El hombre vió llegar el golpe y trató de evitarlo escudándose con el arco de su instrumento, pero el arco se rompió y una astilla se le incrustó en el ojo. El violinista procesó a Toscanini pidiendo una indemnización.

Un psicólogo testificó que un hombre del temperamento artístico del gran maestro podría perder la razón momentáneamente escuchando una nota falsa. Un impulso ciego le arrastraría a hacer cesar la nota discordante del modo más rápido posible y por lo tanto no se le podía juzgar culpable.

Si se hubiese aplicado esta teoría para el caso de un comerciante con un empleado, la Corte habría permanecido indiferente. Pero el juicio se siguió en Italia ante un juez y jurados que eran músicos. Es difícil encontrar diez italianos nativos que no son expertos musicales y cuyos rostros no hagan una mueca al escuchar una nota falsa. Ante un crimen de tal naturaleza, pensaron que el violinista había tenido suerte de no ser golpeado con un contrabajo. Como se sabe, Toscanini dirige siempre de memoria.

TOSCANINI Y ANSELMI

El más altamente cotizado director de orquesta de los actuales momentos, no sólo es un enemigo de los músicos indisciplinados, sino también de los cantantes que no se ciñen a la partitura.

Hace ya algunos años, el director italiano se hallaba dirigiendo la lírica del Real de Madrid. Anselmi, querido por las mujeres e ídolo de las multitudes, debía cantar esa noche la ópera Manon, del gran compositor francés Massenet.

Eran las horas de la tarde, y al mismo tiempo que Toscanini ensayaba la orquesta con la rigurosidad que es cosa proverbial en él, Anselmi, repetía Il Sogno, al piano.

Detiene el ensayo el irascible Toscanini y dirigiéndose a Anselmi, con palabra respetuosa, pero a la par imperativa, le dice: "Vd. esta noche no me canta esos gorgoritos, esos arpegios se los guarda para audiciones en privado".

Anselmi, presuntuoso en demasía no hizo caso de la advertencia de Toscanini y con un movimiento de hombros, oyó el responso.

Vino la noche y empezó la audición de Manon. Sale Anselmi y en seguida arranca con sus famosos gorgoritos y con sinnúmero de arpegios. Toscanini lo mira iracunda y le anuncia con dos terribles golpetazos en el pupitre que no siga desvirtuando la partitura de Massenet. Anselmi, no hace caso y prosigue con los gorgoritos.

Toscanini, violento y cual un Júpiter Tonante, manda parar la orquesta en medio del silencio de una sala presidida por don Alfonso. Y la platea oye claramente la frase que parte de los labios de Toscanini: "Entre Anselmi y sus gorgoritos y el gran maestro francés, yo no debo de dudar. Y hasta que Anselmi no lo respete no he de seguir".

Mascagni, el conocido autor de Caballería Rusticana, fué uno de los primeros en sacar provecho de su personalidad y su deseo de exhibicionismo al dirigir la orquesta. Otros siguieron apresuradamente por el mismo camino.

Walter Kramer, editor de la "Musical América" y autor de un centenar de composiciones, está de acuerdo con Ricardo Strauss en las críticas contra los directores extravagantes.

OTRO ACROBATA

"Creo, — dice Mr. Kramer — que dirigir una obra sinfónica no es participar en un número de circo. Los gestos exagerados de un director que corvetea, son un insulto para los ejecutantes capaces de la orquesta y para los espectadores que entienden en música.

El director que hace risibles cabriolas cuando dirige una sinfonía de Brahms o un poema musical de Strauss, degenera la obra, obstaculiza la buena interpretación y se disminuye colocándose en el plano de una prima donna ansiosa de popularidad".

Leopoldo Stokowski, director de la orquesta de Filadelfia, es un destacado acróbata entre los directores de los Estados Unidos. Es sumamente conocido por sus modalidades heterodoxas, particularmente por la precipitación que emplea para llegar hasta su estrado y para empezar la ejecución. Antes de haber colocado ambos pies en la plataforma ya ha comenzado el concierto.

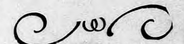
Stokowski, sin duda alguna tiene talento, pero muchas de sus extravagancias tienen por finalidad impresionar al auditorio. Eso no hace aumentar el respeto ni el espíritu de cooperación de los músicos que trabajan bajo sus órdenes.

Cuando Willem Mengelberg llegó a los Estados Unidos para dirigir la famosa orquesta sinfónica de Nueva York, se permitió hacer innumerables acrobacias que molestaban a la orquesta y a los entendidos, a pesar de que tal vez algunos señores de platea se mostrasen impresionados.

Sin embargo, desde entonces, Mengelberg ha abandonado muchas de sus extravagancias, especialmente los puñetazos que acostumbraba a dar.

Walter Damrosch, decano de los directores estadounidenses y que dirigió durante 40 años la Sinfónica de Nueva York, no se preocupa gran cosa de esos "boxeadores orquestales", y dice:

"Un buen director únicamente usará aquellos gestos que sean necesarios para la interpretación de la música, y sólo el deseo de impresionar a la muchedumbre puede justificar las acrobacias que hacen ciertos directores".



Venga de donde Venga...

Milonga

Editorial A. PERROTTI

Letra de: GERONIMO SUREDA
Música de: ANTONIO SUREDA





I

Desde la playa de Quilmes
Ha regresado Don Juan
Abandonando aquel pic-nic
Porque su sesera funcionaba mal.
Ya resignado a su suerte
Cuando se iba a acostar
Vino una buena vecina
Y con estas palabras lo fué aconsejar:

II

VENGA DEL AIRE O DEL SOL,
DEL VINO O DE LA CERVEZA,
CUALQUIER DOLOR DE CABEZA DON JUAN
LO QUITA CON UN GENIOL.
Hágame Vd. caso a mí
Y calmará su dolor,
Podrá volver al pic-nic con tomar
Tan sólo medio Geniol.

I (bis)

Sin meditar un segundo
Don Juan tomaba el Geniol
Y en auto volvió con rumbo
de nuevo aquel pic-nic que él abandonó
Y aquellos que antes lo vieron
Triste a su casa marchar
Lo miraban asombrados
Mientras que él, contento, se puso a cantar:

II (bis)

VENGA DEL AIRE O DEL SOL,
DEL VINO O DE LA CERVEZA,
CUALQUIER DOLOR DE CABEZA JA... JA...
LO QUITA CON UN GENIOL.
Hágame Vd. caso a mí:
Si desea buen humor
lo podrá Vd. conseguir con tomar
Tan sólo medio Geniol.